

Escritores olvidados*

SERGIO HERNANDEZ

Estamos asistiendo a un acto insólito en nuestra provincia. Por primera vez la docta corporación que fundaran José Victorino Lastarria y otros esclarecidos compatriotas del siglo pasado celebra una simbólica sesión en nuestra ciudad para incorporar, como miembro correspondiente, al modesto chillanejo que les habla.

No fue fácil elegir el tema de mi trabajo de incorporación. Me daban vuelta varios en la cabeza. Desde el deseo de homenajear a la infatigable y paradójicamente contemplativa Santa Teresa de Ávila y San Francisco de Asís, el santo de los pobres y de los poetas, hasta el recordar a los escritores más olvidados de nuestra provincia.

Sin duda vivimos un mundo convulsionado y rápido, de increíbles progresos técnicos y científicos, pero tal vez, por eso mismo, muy deshumanizado y peligrosamente belicoso. Estamos en la era del "Columbia" y los viajes espaciales, pero permítanme que yo haga míos estos versos de mi amigo Jorge Teillier: "Cuando todos se vayan a otros planetas / yo quedaré en la ciudad abandonada / bebiendo un último vaso de cerveza / y luego volveré al pueblo donde siempre regreso..." y que repita con nuestro hermano mayor o padre, tal vez, Pablo Neruda: "Yo, poeta / popular, provinciano, pajarero, / yo que aprendí a volar, con cada vuelo / de profesores puros / en el bosque, en el mar, en las quebradas / de espaldas en la arena / o en los sueños, / me quedé aquí, amarrado / a las raíces / a la madre

*Discurso del poeta y profesor Sergio Hernández en el Instituto Profesional de Chillán, con motivo de su incorporación como miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. La ceremonia fue presidida por el Presidente de la Academia, Roque Esteban Scarpa, Premio Nacional de Literatura.

magnética, a la tierra, / mintiéndome a mí mismo / y volando / solo dentro de mí, / solo y a oscuras”.

Hablaré, pues, de los nuestros, de los nacidos aquí o de los que vinieron, pasaron y se fueron o, a veces, se quedaron entre nosotros para siempre.

Importante y trascendente fue y sigue siendo el aporte de los hombres y mujeres de letras nacidos en nuestra provincia. Ya desde la época colonial empieza la gloriosa tradición con nombres tan célebres como los de don Francisco de Pineda y Bascuñán o el de Miguel de Olivares. El primero, aunque hijo de españoles, nace en San Bartolomé de Chillán a comienzos del xvii llegando a ser, junto al padre Alonso de Ovalle, el escritor chileno más representativo de su siglo. Su libro “El Cautiverio Feliz” relata las muchas aventuras que le ocurrieran al ser capturado por los indios y llevado a la región de la frontera. Estimamos que este singular relato constituye uno de los más serios antecedentes en el tardío cultivo de la narrativa en América y un documento indispensable para quien desee conocer las costumbres de nuestros indígenas. A la misma época pertenece Miguel de Olivares, jesuita de larga vida y fuerte espíritu de observación, cuya obra fundamental la titulara: “Historia Militar, Civil y Sagrada del Reino de Chile”. De ella dijo Eduardo Solar Correa: “Todo el primer libro de este tomo despierta subido interés y bastaría por sí solo para consagrar, como una de las primeras plumas de la colonia, a su autor. Acredita allí Olivares, condiciones de costumbrista que lo harían —y lo hacen— acreedor al título de primer pintor y crítico de los hábitos nacionales”.

El siglo xviii, el de las luces, el de la Enciclopedia, fue más bien el del ensayo y nuestra región no ostenta en esa centuria escritores de verdadero relieve. Pero ubicándonos ahora en el siguiente, sale a nuestro encuentro un chilenísimo, pintoresco y espontáneo cronista de la Guerra del Pacífico: Hipólito Gutiérrez. No tiene la educación ni la sensibilidad de los escritores anteriores. Se trata de un auténtico campesino de los campos de Ñuble que, en su propio lenguaje, nos narra en forma directa y fresca sus aventuras como valiente y anónimo protagonista del mencionado evento. El manuscrito de esta crónica fue conservado por el doctor Rodolfo Lenz y publicado, más tarde, por don Yolando Pino. Nuestro inolvidable amigo, ya fallecido, Mario Bahamonde, lo reimprimió en Antofagasta expresando en el prólogo: “Hipólito Gutiérrez era un mocetón de veinte años, que partió de Coltón, en Bulnes, para enrolarse en las filas del ejército chileno, en 1879. Peleó en Tacna, en Chorrillos, Miraflores. Entró a Lima con la victoria encendida en los ojos. Terminada la guerra, regresó a su rincón campesino y, recordando, recordando, escribió con la espontánea sinceridad de sus propios medios.

Con su ortografía y su vocabulario, es decir, con el corazón del pueblo puesto en los ojos de la verdad. No conocemos en la literatura un documento más valioso por lo auténtico y verídico”.

A medida que nos acercamos a nuestros días, los creadores literarios surgidos en nuestra provincia o avecindados en ella aumentan en nombradía y número. Es cierto que no siempre son netamente ñublensinos, pero todos pasaron, por lo menos, algunos años en estas tierras y animaron con sus personalidades o sus obras el ambiente literario local. Es el caso de don Narciso Tondreau que, desde la rectoría del Liceo de Hombres, ejerciera un cierto liderazgo intelectual, o el de Benjamín Velasco Reyes que compartiera la bohemia y la poesía con sus animadas crónicas en el diario “La Discusión”, o el de don Rafael Maluenda que fustigara a la prejuiciosa “sociedad chillaneja” de esa época en su satírica “Pachacha” o el del maestro básico y hábil aplicador de las nuevas técnicas narrativas, Carlos Sepúlveda Leyton.

Los comienzos del siglo fueron propicios a los creadores de Nuble. Marta Brunet en una inédita carta a un alumno del Liceo de Chillán recuerda esos años: “Contábamos —nos dice— con un maestro por antonomasia: Don Narciso Tondreau. Con un crítico benévolo: Don Luis Felipe Contardo. Con un iluminado músico: Otto Schaeffer. Con un dibujante destinado a formar escuela: Carlos Dorliac. Con un personaje salido de una novela victoriana para asomarse a través de viajes y libros a las maravillas del arte: Darío Brunet. Con un gramático que lograba hacer entender y amar nuestro bello idioma: Claudio Rosales”. En ese mismo documento, la ilustre narradora nos habla de la existencia de una institución literaria que agrupaba a los creadores; de una editorial que publicaba los trabajos; de la revista “Ratos Ilustrados” a la que habría que agregar otra no menos importante, “Primerose” y los primeros números de “Rumbos” que dirigiera Absalón Baltazar. Por otro lado, la página dominical del diario “La Discusión” estaba generosamente abierta a los escritores de ese tiempo. Tanto —dice Marta— que “hasta nos pagaban. Sí, me pagaban la astronómica suma de quince pesos por cuento, hecho que me llenaba de un recóndito orgullo”.

Don Narciso Tondreau había nacido en La Serena, pero permaneció veintiocho años en Chillán. Abogado y maestro, poeta y músico. Amigo personal del líder del modernismo Rubén Darío, visionario rector del Liceo de Hombres. Se había iniciado colaborando en “El Imparcial” de Santiago. Más tarde reúne sus expresiones líricas en su libro “Penumbras” que mereció positivos comentarios del mismo Darío, de Juan Valera y otros. Los motivos y el estilo de aquellos poemas son los propios de la escuela modernista a la que perteneció.

Aparentemente desvinculado de nuestro medio se nos muestra Francisco Contreras, nacido en Quirihue hacia las últimas décadas del XIX. Educado en el Instituto Nacional de Santiago y dotado de una decidida y fuerte vocación literaria, decide realizar lo que tantos artistas de ese tiempo pretendían hacer o por lo menos anhelaban; lo que había hecho su propio maestro Darío, lo que habían hecho tantos poetas de tantas partes: llegar a París, respirar y vivir la capital artística de occidente. Por sus muchas condiciones personales e intelectuales, no le fue difícil abrirse paso a los más exigentes ambientes literarios y artísticos de esa ciudad. A esa altura, Rubén Darío era ya toda una figura y Contreras uno de sus amigos más próximos. Le colabora en la lujosa revista "Mundial", lo reemplaza como crítico de libros hispanoamericanos en el prestigioso periódico "Mercure de France". Ambos poetas frecuentan las tertulias del barrio Montparnasse donde, según crónica de José Donoso, Contreras habría conocido "a una hermosa estudiante del barrio latino", llamada Andrée Alphonse con la que terminaría por contraer matrimonio. Abnegada y paciente, Andrée compartió y soportó la incorregible conducta del poeta, "la compañera largamente grata" la llamó Gabriela Mistral en sus "Recados contando a Chile" y que hasta hace algunos años vivía en un pequeño lugar cerca de San Antonio recolectando ágatas, muy empobrecida y tratando infructuosamente de publicar algunas novelas inéditas de aquel marido chileno que se le había quedado para siempre en su pequeño cementerio de Riberac.

Deliberadamente, no he querido llenar de fechas ni de muchos títulos de libros estas palabras. Francisco Contreras escribió varios. No olvidemos que cultivó la poesía, el ensayo, la crónica, la narrativa. No todo lo que publicó está vigente ni merecería estarlo. No obstante, su expresión "mundonovismo" para llamar a aquellas manifestaciones que otros habían denominado criollismo, ha hecho fortuna en los tratados de historia literaria. Su ensayo sobre Rubén Darío cobró actualidad cuando el mundo hispánico celebró el centenario del gran nicaragüense en 1967. Alone alabó este libro de 366 páginas que, según él, nos acerca más que ninguno al Darío íntimo, al Darío grande y contradictorio, al Darío triunfante y tantas veces psíquicamente derrotado.

Del narrador Francisco Contreras nos interesa destacar: "El pueblo maravilloso", primer volumen, según confesara a la Mistral, de un ciclo novelesco sobre Chile que escribiera ya en la madurez, haciendo él mismo la versión española y francesa. ¿Y por qué nuestro interés? Porque ese "Pueblo maravilloso" no es otro que su Quirihue natal. Es la evocación fiel e idealizada de su tierra de niño dejada por tantos años, pero mantenida en la retina y en la memoria: "perdido entre los montes de la Cordillera de la

Costa", nos dice, "alejado de las ciudades de importancia y, sin ferrocarril, conservaba su aspecto antiguo". La verdad es que el chileno pareciera ser como el caracol que siempre tiene que andar con su casa auestas. Razón tuvo el crítico Armando Donoso cuando dijo de Contreras: "A pesar de vivir alejado de Chile desde hace años y de no tener ninguna deuda artística para con los chilenos, sigue cultivando su amor al terruño, desde lejos, más allá de los mares, como si se tratase de un desterrado enfermo".

De la poesía lírica de Contreras, de sus romances, de sus sonetos escasa es la que mantiene vigencia. Ha ido desapareciendo de las antologías, ha ido siendo barrida por la de los grandes poetas nacionales surgidos después. La mejor la recoge el interesante libro de Mario Rodríguez: "El Modernismo en Chile y en Hispanoamérica". Donde encontramos su magnífico "Puñal Antiguo" que siempre quedará vibrando en nuestro corazón y en nuestra memoria:

*Sobre el tapiz oriental
de mi alcoba oscura y fría
tengo tu fotografía
clavada con un puñal.*

*Bajo el bruñido metal
que guiara mi mano impía,
me mira tu faz sombría
en una angustia mortal.*

*Y cuando el día se pierde
y el aciago ajeno verde
exalta mi hondo dolor,*

*¡Con qué perverso arrebató
hundo sobre tu retrato
aquel puñal vengador!*

Cuando Gabriela Mistral lo visitara y entrevistara en París en 1927, lo encontró envejecido, ya casi en el ocaso, "comienza en su cabeza —nos dice— la hora de la volteadura del olivo; ella le grisea, entristeciéndole extraordinariamente, la fisonomía descarnada". Repara en "el orden minucioso de su escritorio", en "la enfiladura irreprochable de los anaqueles", en "la sobriedad francesa del amoblado". Lejos están los vertiginosos años de las torrenciales noches santiaguinas junto a Pedro Antonio González y a sus

compañeros de generación; lejos las animadas y concurridas tertulias de Montparnasse; geográficamente mucho más lejos aún, su Quirihue natal. Algunos años después, una tuberculosis galopante cabalgó con él hasta el cementerio de Riberac.

En San Carlos y en 1870 nace don Manuel Jesús Ortiz. Educado en su pueblo y luego en Santiago, egresa como profesor desde la Escuela Normal "José Abelardo Núñez" y, en tal calidad, es destinado al pequeño villorrio de San Ignacio, tan próximo a nosotros y escenario de sus mejores obras. Más tarde fue profesor del Liceo de Hombres y subdirector de la Escuela Normal de Chillán. Aquí trabó amistad con el ilustre pensador y maestro don Enrique Molina. Abandona la región, trasladándose nuevamente a Santiago en calidad de subdirector de la Escuela Normal en la que había hecho sus estudios. Llegó a ser Visitador General de Escuelas Normales. Como periodista había sido colaborador y director de "La Discusión". Un viaje a Europa lo hace reportero de "La Nación". Colabora también en "El Mercurio", en la revista "Pacífico Magazine", dirige, por un tiempo, "Las Últimas Noticias". Tanto en sus célebres "Cartas de la Aldea" como en "El Maestro" había fustigado con ingenio e ironía a los políticos pueblerinos, pero, en 1920 su Partido Radical logra hacerlo elegir diputado por la agrupación de Bulnes y Yungay. Según dicen, no habría sido un gran parlamentario, pero defendió eficazmente la postergada y siempre precaria condición del profesorado. Casó primero con doña Eudocia Sandoval que le dio tres herederos y de la que enviudó para reincidir, años más tarde, casándose con doña Carmela Correa Solar, viuda de Laso, que le agregó diez hijos más a los propios. Don Manuel fallece en Santiago, víctima de un fulminante infarto, el 18 de noviembre de 1945.

No estimamos oportuno hacer un minucioso análisis de su obra, sino sólo recordarla con el cariño y la admiración que se merece. Ya el poeta y profesor venezolano Félix Armando Núñez, al ser incorporado como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción, intentó este trabajo. Luego Alfonso Calderón hizo nuevos aportes al seleccionar, prologar y anotar las publicaciones que del autor hiciera la editorial Zig-Zag. Allí están señalados sus escritores preferidos, los que dejaron en su producción benéfica y bien asimilada huella: Cervantes y el Quijote, por supuesto; el costumbrista español Mariano José de Larra y el chileno Jotabeche; Juan Valera, cuya técnica epistolar sigue en su primera novela "Pueblo Chico", y Alphonse Daudet.

De las cinco obras que nos legara don Manuel, nos interesa, particularmente, la más divulgada y con justicia conocida: "Cartas de la Aldea". Las publica primero "El Mercurio" de Santiago entre los años 1906 y 1908 para

ser recopiladas posteriormente en un libro que ha merecido reiteradas ediciones. El entusiasmo que provocaron en los lectores de aquel periódico y en su director don Carlos Silva Vildósola fueron el punto de partida de su feliz trayectoria. Don Carlos comentó: "A medida que las "Cartas de la Aldea" iban apareciendo en este diario, se despertaba entre el escaso público aficionado y entendido un interés profundo, y recibíamos preguntas incessantes acerca de quién era Ortega, quién era ese nuevo escritor que comenzaba de tan admirable manera, con un estilo verdaderamente propio y original, sin sombras de imitación, sin amaneramientos de ninguna especie, con un buen gusto refinadísimo y con un poder de observar y describir que, podemos decirlo sin temor de equivocarnos, no tiene precedentes en nuestra literatura".

Hasta hoy los lugareños de San Ignacio se sienten orgullosos de que sus escenarios y sus gentes hubiesen inspirado estas graciosas como singulares cartas. Como buen discípulo de Cervantes, él es también un desenfadado humorista, tal vez un escéptico y un crítico bien intencionado que maneja la sátira y la ironía con maestra mano.

Ya en la primera carta plantea la desmedrada situación económica del profesor expresando en la post data: "Perdone usted que esta carta vaya en papel de escuela. Es lo único que los maestros podemos robar al fisco, y, por desgracia, no sirve para comer...".

En otra nos dice que "una aldea no es un campo precisamente, mal que les pese a los santiaguinos para quienes Chile se divide en dos partes solamente: Santiago y el campo". En otra ridiculiza a los pobres aldeanos que admiran todo lo que tenga relación con la capital y a su vez el olímpico desprecio de los capitalinos hacia los provincianos. Como éste no es un trabajo crítico, sino de evocación y muestreo, reproduzcamos un par de fragmentos:

"La inmensa nombradía de que disfruta en mi pueblo el señor don Faustino no proviene tanto de su talento político ni del tino con que rige la comuna desde su sillón de primer alcalde, como de un viaje que hizo a Santiago hace cinco años, para hacerse extinguir un tumor que le había salido en no sé qué parte. A su vuelta había perdido el tumor, pero había ganado perdurable prestigio entre sus gobernados; y aún hoy, cuando tiene que recordar alguna fecha, la relaciona con el magno suceso, diciendo, por ejemplo: "al año siguiente de mi viaje a Santiago". Esta misma carta la cierra un pasaje no menos divertido:

"Mostraba hace poco un joven de provincia a un amigo suyo de la capital una de las bellezas naturales más admirables de nuestro país: la desembocadura del Biobío.

—¿Qué te parece?, le preguntó de pronto, esperando que su amigo estallara en himnos de admiración. Pero el santiaguino miró con calma a todos lados para abarcar el conjunto, y frunciendo los labios y arrugando la nariz, le dijo muy serio:

—Hombre, para ser un río de provincia, no está del todo mal...". Ni nuestra narrativa ni nuestro teatro ni nuestra lírica se han caracterizado precisamente por el sentido del humor, salvo contadas excepciones. Creemos ver en don Manuel Jesús Ortiz una de ellas. Pero ¿por qué su nombre se mantiene siempre como en un segundo plano? ¿Por el tono menor del género? ¿Porque él no quiso nunca aceptar las nuevas tendencias? ¿Porque otros se habían alzado alrededor suyo a demasiada altura? Parte de estas interrogantes pareciera responderlas el trabajo de Félix Armando Núñez al hablarnos de "el drama literario de Ortiz". Allí nos dice: "Poseyó, entre otros valores, el valor de su sinceridad y clásico él por naturaleza, educación y época, abominó del modernismo, al menos según lo entendía y se burló de él, con lo que promovió su drama, pues no hay sinceridad sin heroísmo ni heroísmo sin tragedia. De ahí su aislamiento y su exclusión de los cenáculos. Era la época de los Diez e imperaba Pedro Prado, que también sentirá hacia el crepúsculo de su vida que "todo ha de pasar por tal manera".

"Los jóvenes de entonces —expresa Núñez— mirábamos a Ortiz con desconfianza y él nos recibía con una sonrisa escéptica". Pero concluye que ya en su madurez se le perfiló "diáfananamente más valioso y admirable que muchos ídolos de su primera juventud".

"Alhué" de González Vera, no es la *Ilíada* ni la *Odisea*, ni el *Edipo Rey* ni "El Paraíso Perdido", pero es una tela de finísima textura, una joya de fulgurantes pequeños resplandores; así nos parecen a nosotros también estas sabrosas, fluidas y pintorescas "Cartas de la Aldea".

Por sentir más maulino que de Nuble a Mariano Latorre, no nos referiremos a él. Además esta breve exposición tiende a destacar no a los más famosos, sino a los más olvidados. De ahí que hablaremos muy poco, nunca todo lo que se merece, de Marta Brunet, tan chillaneja como cosmopolita. Tan presente en su persona y en su obra en muchos de los que aquí están. Su "Montaña Adentro" despertó, y con razón, los más entusiastas comentarios. Estando en Chillán entra en correspondencia con Alone, quien la estimula e influye en su formación a través de los autores que el crítico había citado en su novela "La Sombra Inquieta" y que la joven chillaneja lee con pasión: Ibsen, José Enrique Rodó, Mallarmé, Emilia Pardo Bazán y sobre todo Guy de Maupassant, maestro del cuento, con el que se la empezó a comparar.

Pedro Prado y el grupo de los Diez la acogen y la admiran. Gabriela Mistral comenta desde París: "Nosotros hemos tenido un enriquecimiento

efectivo —¡y de qué silenciosa formación!— en los últimos cinco años. Además del que nos trajo Pablo Neruda, lado a lado con él, nosotros hemos recibido (y en el participio aquí yo pongo un gozoso-tierno) el don verdadero, el aporte que se toca de real, como el buen limo del río que crece, de Marta Brunet, la novelista de Chillán". Gabriela admira en ella especialmente la reciedumbre y acierto en la creación de sus personajes: Don Florisondo, María Rosa. Creaturas literarias concebidas, según su expresión, "adánicamente". Sus primeros cuentos los publicó en "La Discusión" de Chillán, pero su brillante trayectoria la hace, más tarde, colaboradora de "La Nación" de Santiago o de prestigiosas publicaciones continentales como "Caras y Caretas" o la revista "Sur" que dirigiera Victoria Ocampo en la capital argentina.

Como la crítica lo ha advertido, en la autora se observa una clara etapa inicial de ambientes rurales: "Montaña Adentro", "Bestia Dañina", "María Rosa, Flor de Quillén"; y un período más renovador y universalista: "Aguas Abajo", "Humo hacia el Sur", "Raíz de Sueño", "María Nadie", "Amasijo". Era natural que el ruralismo de Ñuble o Victoria le marcaran sus comienzos, pero las innumerables lecturas de maestros europeos y norteamericanos; sus tempranos viajes por el Viejo Mundo, más su prolongada permanencia sirviendo cargos diplomáticos en Buenos Aires y otras urbes, la hicieron ampliar horizontes, renovar técnicas y complicar problemáticas. Incursionó en la poesía y en el teatro, pero sus definitivos logros los alcanzó en el cuento y la novela. Sin duda, Marta Brunet es, junto a María Luisa Bombal, una de las mujeres más destacadas en la narrativa del continente.

Como nuestra tierra es rural y folklórica, hubo un nombre que se preocupó de lo nuestro, recolectando y estudiando nuestras expresiones populares. Se llamó Tomás Lago y fue poeta, crítico de arte, escritor y ensayista, profesor extraordinario de la Universidad de Chile y director del Museo de Arte Popular. Magnífica prosa muestran sus dos ensayos tal vez más representativos: "El Huaso" y "El Arte Popular Chileno". Vayan para él nuestro recuerdo y nuestro homenaje.

Largo tiempo reinaron en nuestro medio dos poetas que sin haber nacido en Chillán dieron lo mejor de sí para esta zona, vinculados al periodismo local: Benjamín Velasco Reyes y Arturo Gardoqui: como casi siempre ocurre, esta ciudad conoció más de ellos su pintoresco anecdotario que su poesía misma. Quisiera detenerme unos instantes en nuestro recordado Benjamín. Nació y murió en Santiago, pero sus restos reposan en el cementerio chillanejo, ya que el escritor se había radicado sus últimos veinticinco años entre nosotros. Dos libros suyos todavía circulan por ahí: "Música Lejana" y "Elegías del Sur" ". Se trata de una poesía que, aunque

auténtica y confesional, muestra a veces un poco a flor de piel los cosméticos de la retórica. Hay algunas caídas en el ritmo junto a verdaderos aciertos. El poeta fue una especie de "maldito" criollo, generoso y buen amigo. Conoció la locura, la dipsomanía, la soledad y la tristeza, pero supo asumir con digna valentía un destino difícil. Estimamos que su poema "Arte Poética" debería figurar en las más serias antologías nacionales. Sin embargo, no ha ocurrido así y la única que le recogió una pequeña muestra de su labor creadora fue la célebre "Selva Lirica" que Molina y Araya publicaron en 1917, cuando el poeta recién se iniciaba.

A manera de homenaje y agradecido recuerdo, traigamos aquellos versos de su "Arte Poética":

*Es un camino entre tapiales
de un gris cansado y por lo mismo
interminable y uniforme
es un monótono camino.*

*No lo ensombrece ningún árbol
ni lo refresca ningún río,
todos los pájaros del cielo
rozan sus muros para huirlo.*

*La recta doble en que se pierde
nos desespera hasta el martirio;
y nadie sabe dónde acaba
ni a dónde puede conducirnos.*

*Sin un paisaje es una cosa
en que no hay alma ni sentido
tal vez nos lleva a un cementerio
que cuidan ángeles malditos.*

*Sobre él el sol cae de plomo
quien lo contempla por instinto
quiere alejarse de su vista
con un disgusto repentino.*

*Pero el viajero que no teme
ni la fatiga ni el hastío
sigue adelante y se ve luego
en un recodo detenido.*

*Son unas ramas de durazno
que florecieron sin cultivo;
y por su luz rosada siente
la bienandanza del camino.*

Ya todo el mundo canta y en diferentes idiomas canciones como "Gracias a la Vida" o "Volver a los 17". Violeta Parra se ha transformado en un símbolo de Chile y de América. Poeta, música, pintora, arpillerista. Tal vez nunca le dimos lo que anhelaba ni la terminamos de entender. Se enojó con ella misma y con el mundo y decidió morir, por propia iniciativa, para que recién la empezáramos a ver y escuchar. A su hermano Nicanor Parra le hemos dedicado ya muchos estudios. Mi propia memoria de título versó sobre su interesante producción, sobre la que se han realizado innumerables trabajos de exégesis tanto en Chile como en el extranjero. Así como traducciones de sus poemas a variados idiomas. El, como los mejores poetas del barroco español, ha mostrado una doble veta lírica: la popular y la culta. Se trata de un hábil experimentador de la poesía de nuestro tiempo y él mismo confiesa que sus maestros van desde los cultores de la subliteratura, como el Cristo de Elqui, a los más grandes creadores de la poesía contemporánea como lo fueran Ezra Pound u otros. Parra es el más universal y el más vernacular de los poetas nacidos en Ñuble. Un eficaz desmistificador y un antisolemne reformador de nuestra lírica que viene de vuelta de los vanguardismos europeos, con un sostenido, profundo y aniquilante sentido del humor.

Estas palabras van tocando a su fin. Sabemos que hubo omisiones. Algunas inconscientes; otras deliberadas, porque no es fácil hacer justicia a todos. Del quehacer más reciente y presente no nos hemos ocupado por falta de perspectiva y tiempo. Pero la existencia de agrupaciones culturales y específicamente literarias tan activas como el Grupo Literario Ñuble o la Sociedad de Escritores y la presencia entre nosotros, tan sigilosa como benéfica, de un poeta de la calidad internacional de Gonzalo Rojas, aseguran para Chillán el mantenimiento y continuidad del inextinguible fuego creador.